

Noviembre 05/2004

BOLIVIA Y EL BONAPARTISMO

Por Agustín Saavedra Weise

El bonapartismo (o cesarismo) ha producido abundante literatura política y hasta polémica. En una columna de prensa de espacio restringido, hay que ir al grano. Por tanto y tomando en cuenta que hay muchas fuentes de acceso a estos conceptos, me centro ahora en lo esencial.

El llamado bonapartismo fue estudiado por Kar Marx en el "18 Brumario" y a partir de allí se ha popularizado el uso del término. El mismo se refiere a una crisis de gobierno como consecuencia de una remezón estructural de las clases sociales, que no se ponen de acuerdo entre si con respecto al rumbo de un país "x". Ante la crisis y como factor de equilibrio entre fuerzas antagónicas, surge la figura providencial del "César" del "Bonaparte", del ser al cual el destino y la oportunidad ponen por delante para que – temporariamente– equilibre la ecuación política y gobierne mediante ese delicado equilibrio. Palabras más, palabras menos, esta es la definición más sencilla de bonapartismo.

Uno de los elementos claves para el éxito del modelo bonapartista estriba en el carisma del hombre (o mujer) llamado a resolver la crisis. A partir de ahí se entra en clasificaciones estudiadas por Max Weber acerca de los diferentes tipos de dominación (legal, tradicional y carismática) y sobre las que no me extiendo ahora. Otro elemento crucial para que el bonapartismo sea "legitimado", es el uso de instrumentos plebiscitarios, el Referéndum obviamente entre ellos. Estas consultas populares hacen que el modelo se afiance y que el líder surgido en medio de la crisis, también solidifique su poder.

Durante muchos años el bonapartismo ha quedado relegado a la cátedra universitaria, pero ahora lo tenemos redivivo y nada menos que en Bolivia. La crisis de octubre 2003 produjo un fuerte desbalance entre grupos y clases encontradas. Mientras tarde o temprano –en el futuro mediato– se producirá una suerte de síntesis, en el marco del vacío que dejó un poder ejecutivo colapsado surgió la figura del entonces vicepresidente Carlos Diego Mesa Gisbert, quien asumió el poder bajo circunstancias

particularmente dramáticas y gobierna ahora nuestro país bajo cánones muy similares a los conceptos globales del modelo bonapartista. Eso sí: es un bonapartismo en democracia y reforzado, ahora, con los tradicionales instrumentos plebiscitarios típicos de este modelo, como también por el carisma del presidente que gustando a unos y no gustando a otros (algo natural y al final válido para todos), goza de un porcentaje muy favorable de popularidad.

En el actual ambiente de críticas y contra críticas, de dichos, "dimes y diretes", de regiones encontradas, etc., la pregunta de oro no es si se está o no con Carlos Mesa, sino más bien la siguiente: ¿Qué pasaría en Bolivia SIN Carlos Mesa? La respuesta se la dejo amigo lector, pero la que yo tengo es que es mucho mejor tenerlo a Mesa que enfrentar un desaguisado político-regional y étnico-cultural, del que no se sabe como saldríamos airoso los bolivianos en el momento presente.

Por ahora el Lic. Mesa –con su modelo neobonapartista– va logrando ese mentado precario equilibrio que le permite gobernar y con ello, mantener una frágil tregua, pero tregua al fin, la que bien podría extenderse hasta la próxima Asamblea Constituyente. Esto, Mesa gobernando, resulta mejor ciertamente que la alternativa inmediata del caos, por lo menos en mi modesta e independiente opinión.

-----000-----